

La novela perfecta

Fragmento

Carmen Boullosa

Carmen Boullosa ha hecho de la hipótesis literaria y de lo que Italo Calvino llamó literatura al cuadrado, su territorio personal de cacería de fantasmas. En este adelanto de su última obra La novela perfecta, la autora de novelas como La otra mano de Lepanto, Antes, Son piratas, somos puercos, por sólo mencionar unas cuantas, nos presenta el dilema al que se enfrenta un escritor esperpéntico: cómo trasladar una novela, desde su mente a la del lector sin necesidad de escribirla. Ríase con nosotros.

CAPÍTULO UNO

Sepa si alguien me preste atención. Tengo que decirlo, aunque, ¿quién iba a creermelo? Aquí entre nos, ¿ni yo! ¿Pues cómo?

Me van a tirar a locas. “Eso te pasa”, dirán, “por leer tantas novelas de ciencia ficción”. La verdad es que ni he leído tantas. Pelis de ese tipo he visto más, las suficientes para que me puedan acusar de *¡uy, sí, cómo no!*, pero tampoco las suficientes, la neta.

Nada diría. En boca cerrada no entran moscas. Aunque aquí, la verdad, ya entraron hasta el atasque, así que lo mismo da. Y moscas hubiera sido menos peor que lo que hube de hacer pasar por mi gañote.

Nada diría, pero qué más, aquí estoy diciendo. Me presento: soy un escritor flojo, un holgazán. Al empezar esto que aquí contaré, en octubre del año 4, mi mujer tenía años manteniéndome, como si yo fuera un

escritor y punto. Ella es abogada litigante, trabaja en uno de los bufetes más respetados y bien establecidos de Nueva York, (es un decir, en este pueblo todo es negociar y litigar, paraíso de abogados) en Park Avenue. Una sola vez fui a buscarla. Esquina con la calle 34, el piso 16 completo, los sillones de cuero color vino, la recepcionista negra, la legión de secretarias y asistentes blancas y jóvenes, y tres jefes, uno de ellos mi Sarita, los otros dos varones sesentones. El bufete se llama: Shimansky, Shimansky y —*you got it!*— Shimansky.

La conocí como se conoce en México a las gringas: asoleándose en la playa en Zihuatanejo, donde habíamos ido a comer a Playa de la Ropa. Comenzaban las vacaciones de verano, toda la familia estaba reunida en nuestra casa de la playa. Sintiéndome rico, tuve la puntada de cambiar nuestra tradicional salida al restaurante “El burro borracho”, que nos queda a tiro de piedra en Troncones, por el del Hotel Playa del Sol. Acababa de

Nada diría, pero qué más, aquí estoy diciendo. Me presento: soy un escritor flojo, un holgazán.

publicar una novela en inglés, la primera que había escrito en esa lengua —y hasta hoy la única, porque no he vuelto a publicar libro ninguno—, mi ánimo no podía estar mejor, ni el de mis papás y hermanos. Así que llegamos al restaurante, ordenamos unas margaritas, y yo, en mi papel de tío soltero, bajé con mi sobrina, que entonces tendría siete años, a visitar la alberca, que es muy de ver. Ahí estaba otra también muy muy de ver: la Sarita tendida al sol en una tumbona, que tenía mi novela abierta de par en par sobre sus piernazas. Fer, mi sobrina, le dijo: “Es el libro de mi tío” y como vio que no la entendía se lo repitió en inglés —mi mamá es medio-gringa, en casa se habla igual una que otra lengua—, diciéndolo también con señas por si las... Así comenzó todo. Sarah entabló conversación con la adorable Fer, luego conmigo, nos enteramos que era su viaje de graduación, acababa de recibir su título, estaba con tres amigas, flamantes abogadillas de Columbia. Nos hizo el honor de deshacerse de sus acompañantes y venir a compartir la sobremesa. Sedujo a mamá, con su trato y con lazos de origen —mi abuela y su abuela nacieron en Varsovia. Esto fue hace doce años.

Nos casamos, nos fuimos a vivir al departamento de mi Sarita en el Upper West Side y, pensando establecernos más confortablemente, compramos esta casita juntando nuestras respectivas dotes (mamá me dio unos dólares que me tenía guardados, mi porción de la herencia del abuelo). Pagamos una verdadera bicoca, ¿quién iba a querer mudarse a Dean Street en 1992? Ya no era frente de guerra, pero todavía no muy de fiar. Hoy la casa vale una fortuna o dos, más bien tirándole a dos. Esto lo sabemos ahora, durante años creímos que habíamos hecho una burrada. Lo sigo creyendo, aunque la casa valga la fortuna dicha, ¡si lo hubiéramos jugado a la bolsa! Pero ésa es otra historia.

Apenas compramos la casa, pedimos a los inquilinos desalojarla —llevó tres años la historieta— y comenzamos a arreglarla despacito, sólo un trabajador venía los fines de semana o los días que le quedaban libres —*el tiempo que te quede libre, si te es posible, dedícalo a mí*, si no había prisa, primero haríamos un departamento dúplex para rentar, luego el nuestro— y muy quitados de la pena nos gastamos lo que gané con la novela en viajes para aquí y para allá, íbamos a donde nos apuntara la nariz cada que Sarah tenía vacaciones. Nues-

tra *brownstone* se dejó hacer lo suficiente como para poder rentar el dúplex, pero apenas ocupado sacó a la luz toda su galería de problemas. Hubimos de cambiarle el techo del último piso (un incendio se había comido parte del anterior, sólo le habían pintado encima, como si no hubiera pasado nada), tratarle las termitas, lidiar con inspectores, reemplazar la plomería, enfrentar la demanda del inquilino, rehacer el cableado eléctrico, poner nuevo barandal a los tres pisos de escalera, cambiar el boiler, instalar nueva calefacción, lidiar con más demandas, luego con la policía porque el hijo adolescente del inquilino se las dio de delincuente... Los meses pasaban y se complicaba la pesadilla. El inquilino dejó el dúplex, previo un arreglo económico, por supuesto, que pudo haber sido peor si no me acostara con abogados. Yo, sin ganar ni un quinto, encima me aventé al cuadrilátero contra mi agente literario, entre que porque no era yo capaz de entregarle lo prometido y porque él insistía en recibir una plata que yo sabía redondo nomás no podríamos respaldar, sino estaba avanzando una línea... Evito esa historia.

En un golpe de suerte, con lo que Sarah ganó por ganar ya ni sé qué, reparamos lo elemental y pudimos volver a rentar el dúplex. Con lo que entra de renta, lento pero seguro terminamos de arreglar el resto de la casa y desde entonces hasta hoy la Sarah y la renta mantienen casa y todo lo demás, incluyendo mis puros. Bueno, si fumara puros, pero sí los cigarros. No he vuelto a ganar un céntimo que no sean los pocos dólares que todavía gotea la novela, la uno, la única, la verdadera y la hasta aquí llegué.

Encima —ya si estoy confesando diré todo, ¡pus lo digo!— yo no intervine un gramo en la aventura de la casa, excepto en contar nuestras cuitas al que se dejara. Sarah fue y vino, demandó, recibió demandas, nos defendió, hizo cuentas, organizó, pagó, se hizo bolas con el ruso que hacía las reparaciones cuando le daba la gana (aquí los llaman *constructors*) y otra vez fue y vino y se hizo la que hacía y desorganizó y al final, cuando había que darle los últimos toques, la apariencia a la casa, intentó hacerme tomar decisiones. Porque ni ella ni yo somos duchos en lo de decorar o adornar y la verdad es que tampoco nos importa un bledo, aunque.

Encima, yo me empecé en que no dejáramos el departamento de mi Sariux en el Upper West Side con

cuantimil artilugios y sólo cedí porque el casero vendió la *brownstone*—sí, sí, veníamos de guatemala para caer en guatepeor— y el nuevo dueño nos pidió salir por la puerta con todos nuestros chunches pero a la de “ya se me van con sus cositas a la de ya se me van”. El caso es que llegamos aquí hace preciso dos años, cuando el barrio ya estaba mejoradísimo, *gentrificado*, como dicen aquí. Somos nuevos, cuasi recién llegados.

Todo ha mejorado, menos yo. Al comenzar lo que aquí contaré, me había ido a pique y de veras. Si yo hubiera sido Sarah, ni loca cargo conmigo a Dean Street. Me habría dejado por ahí como pudiera. Pero aunque pasaran los años, aunque ella hubiera hecho una carrera brillante en el bufete del padre y yo ninguna hacia ningún sentido, ella estaba convencida —porque es gringa— de que cualquier día de éstos mi segunda novela sí va a pegar y ¡a ganarnos la lotería, señores! Yo pus cuál fe. Soy, como dije, flojo, un holgazán. No que escriba a lo flojito. Ni mi prosa tiene olanes o adornos —o no los tenía: no sé que resta de ella—, ni mis tramas hoyancos y brincos absurdos. Qué más daba, tenía años con mi bocota de escritor bien cerrada, apretada y tiesa la quijada barbuda, agarrada a los dentales superiores, exactamente (ya que en moscas andamos) como una mosca en el techo: bien sostenida, a prueba de cualquier gravedad, agarrada duro.

Esto que está aquí no es algo escrito: me lo digo a mí mismo en ráfaguiux de palabras y ¡púlsale esta tecla y l’otra! Lo hago porque no me aguanto cuanto traigo adentro de mí mismo, como mera evacuación. No escribo: me desahogo. Sin esfuerzo, sin ponerle coco, a la diarrea.

Así ni prosa ni trama se me dieran a la flojilla, yo no tenía motivo alguno de hacerme la esperanza o el esperanzador de triunfos, como lo hizo por años mi mujer, porque yo era el mero holgazán. Sí, sí, escribía porque no sé no hacerlo, pero nunca algo continuo; esto de aquí, esto de allá y en la cabeza todo lo demás, a punto

de estar maduro y llegar completito a la página. No me fue mal con la primer novela. Diré que muy bien, vendió, vendió y luego otra vez vendió, iba vestida no en *beautysino* con una de ésas de portadas de letras brillantes y en relieve, las que se ofrecen un instante antes de pagar en los supermercados y en el mejor de los casos también en los aeropuertos. La mía se vendió en los aeropuertos, los supermercados y hasta en las librerías.

En una de ésas, habiendo buen clima de milagro, estando yo, como dicen por aquí, *stooping-out* (que, aunque suene muy interesante, no quiere decir sino sentarse frente a la puerta de la casa, el trasero helándose o aplastándose en las escaleras), o por decirlo en mexicano (a falta de ese tipo de escalera frente a nuestras casas), estando yo baboseando, pasó un vecino con un perro que no había visto nunca. El perro, un hermoso labrador, más negro que las ropas de mi mujer (¿por qué *siempre* viste de negro?), se dispuso a orinar contra el barandal de piedra de mis escaleras, literal en mis narices.

—Hi!

Dijo el vecino, haciendo de cuenta que no había orines cayendo, ignorando una posible disculpa. Y pues yo contesté también:

—Hi!

Desde mi escalón. Él traía en la mano una cajita de *Altoids*, esas pastillas blancas que la verdad me chiflan, y la extendió abierta, ofreciéndome una.

Vi las pastillas reposando desnudas en el fondo metálico. Acerqué el pulgar y el índice pero me detuve a punto de hacerlos pinza al revisar las pastillas. Sólo había dos y no eran blancas sino algo grises.

—Try one! —dijo el güey, al verme dudar—. *They’re good. Solve it under your tongue. The effect’s much better.*

Tomé la pastilla, me la puse bajo la lengua, como él me recomendó. Metí la mano al bolsillo de mi camisa, saqué la cajetilla de cigarros y extendí el brazo para ofrecerle uno. Aquí nadie fuma, o cada vez fuman menos



Edward Hopper, *Second Story Sunlight*, 1960



Edward Hopper, *Lighthouse Hill*, 1927

los ningunos que fuman. Él se me acercó, tomó el cigarro de la cajetilla, lo acomodó en sus labios y dio un paso atrás, alineándose otra vez con su perro. Encendí un cerillo y, como él no hizo gesto de acercármese, me levanté de mi asiento.

Cuando se lo iba a poner en la punta del cigarro —perdón la expresión, que suena a albur, ná'a qué hacerle—, descubrí que ya estaba prendido. Me explico: el cigarro se habría prendido antes de que la llama del cerillo se le acercara a contagiarle fuego. Se prendió en frío, vamos. Reculé y me volví a sentar en mi escalón de piedra.

“¡Órale!”, pensé, “¡mago!, ¿pues en qué *circus* trabajas, güey?”

Me contestó, en inglés:

—*No, I'm no magician; I swear you won't find my name in any circus payrole... I've been working on...*

Bajó la voz tanto que, para oírle decir que quesque no era mago y que no recibía su cheque de ningún empresario cirquero, me levanté de nuevo y me le volví a acercar como cuando lo del cigarro, pero apenas me tuvo al lado, me dijo:

—*And you?*

“¿Que de qué trabajo? ¿Yo? ¿Trabajo?”, traduje en mi cabeza. Me reacomodé en el escalón y, por respeto a mi mujer, dije:

—*I'm a writer. I write novels. I've published one in English.*

Soy un escritor. Escribo novelas. He publicado una en inglés. Rápido respondí a la pelota lanzada al vecino con un raquetazo sordo en mi cabeza, un golpe de honestidad que no tenía por qué compartir:

“Pero en realidad lo que soy es un mantenido, un bolsón, un perezoso grandes huevos. Es una lástima, porque la novela que ando cargando en la cabeza es simplemente genial. Es genial”.

Aquí, sin palabras, me engolosiné pensando en la susodicha. Sí, sí, sin palabras. Vi esta escena y la otra entre mis favoritas, si éste o el otro personaje... Aunque fascinado mirando pasar mi novela, regresé a mi flagelo: “¡Si escribiera la que tengo pensada, pué que hasta...!”

Y me largué con cavilaciones monetarias y, pegadito a éstas otras sobre cómo iba yo a tirarme la plata, a lo mejor para cobijarme de la triste cachetada que acababa yo de infligirme. En éstas estaba —precisamente, si no me falla la memoria, me imaginaba a bordo de un velero en la costa venezolana, a punto de llegar a Los Roques, el paisaje lunar del arrecife coralino, el mar turquesa, la luz plateada, y a mi lado pasaba un catamarán a la bio a la bio cargado de novias chulísimas, embikinadas, llevando copas espumosas en sus manos, las nereidas Dosequis—, cuando la voz del vecino me forzó a un aterrizaje forzoso:

—*Stop! Stop, stop!*

Tenía los ojos chinitos, como que el sol lo deslumbrara, que no podía ser el caso porque apenas se le veía el rabito al maldito astro tacaño. Sí, era un día bastante enchílamela, pero aquí la luz nunca pica demasiado; no que estamos tan mal como en Berlín, pero... No tuve tiempo de juzgar su gesto verbalmente porque el vecino de un hilo ató a sus estops esta frase:

—*Let's do it!* —casi gritó este “¡la hacemos!”

—*What?* —le pregunté, qué, qué hacemos.

—*Your new novel. I'll not only spare you of the effort of writing it, but also...*

Lo traduzco, para qué lo dejo en inglés si terminaré poniéndolo en nuestra lengua: “¡Manos a la obra! ¡Tu novela! No sólo te voy a ahorrar el esfuerzo de escribirla, sino que verás que nos queda genial”. Y, cambiando el tono, escupió un brevísimo paréntesis que digo en inglés porque no sé cómo dar el tono: “*Oh, by the way, I hate sailing! It gives me the creeps!*”, algo así como: “por cierto: odio velear, me pone la carne de gallina”. Y siguió: “no sólo te ahorro el *pain in the ass* (no, no dijo *pain in the nada*), la lata de escribirla, sino que con mi *software* (¿dijo *software*?, no, no dijo *software*) tu novela será más vívida y eficaz de lo que ha sido la de ningún escritor en toda la historia. No te cobro nada, ni un quinto, y los dos ganamos. Es para mí la confirmación de mis experimentos. Digamos que la prueba final. Ni yo te..., cobro a ti, ni tú a mí. Encima de lo vendido cobrarás tus derechos, como si fuera libro”.

Pausa.

“Estoy hablando en serio —siguió—. ¿Tienes de verdad TODA la novela en la cabeza? ¿TODOS los detalles?”

A estas alturas ya nos habíamos sentado los dos en las escaleras, los dos muy *stooping-out*, el labrador babeaba en nuestras narices. Le clavé al perro un ins-



Edward Hopper, *Sunlight on Brownstones*, 1956



Edward Hopper, *Cape Cod Evening*, 1939

tante los ojos, porque me pareció que no era perro sino perra, y eso no podía ser, pero sí, ¿era perra? Yo fumaba, pero él no, se contentaba con detener el cigarro encendido a una buena distancia de la cara, jugueteándolo como un exfumador. Estaba a punto de perderme en mis conjeturas de perra o perro, sin ánimo de moverme un centímetro para comprobar que de pronto me había parecido ser perra y no como estaba seguro perro, cuando adiós fumadita meditativa, porque el güey arremetió:

—*This is how it works:*

“Te voy a ahorrar explicaciones que no creo que te interesen un bledo. Yo puedo hacer que tus lectores te lean tal y como tú lo imaginas sin que las palabras los separen de lo que tú estás queriendo decir, expresar, imprimir. Porque a mí que no me vengas con que las palabras son *the real thing*, cuál lo mero mero, la neta es que ésa es pura *shit*basura que quién pasa a creerse. No lo digo por ignorante. Mis primeros años (dijo literal: *I made my mayor*) en Yale, lo hice en literatura inglesa, era mi pasión. No la he perdido del todo:

She walks in beauty...

Se largó a citar a Byron como quien no quiere la cosa, no como recitando a lo cursi, sino diciendo las palabras como si fueran de de veras (y que quede claro: dije “fueran” aunque fueran):

*... like the night
of cloudless climes and starry skies;
and all that's best of dark and bright
meet in her aspect and her eyes.*

(“Ella camina arropada —¿envuelta?, ¿vestida?— en su belleza, / como la noche de cielos desnudos y estrellados; / y cuanto es bueno en la oscuridad y en la luz / se encuentra en su aspecto y en sus ojos.”)

El cigarro seguía intacto en su mano, del mío ya no quedaba sino la puritita colilla. La aplasté contra mi escalón y la metí en donde se guardan para no dejarlas tiradas a la entrada de casa: una cajetilla metálica con una tapa cuca que sella perfecto. La cajetilla, por cierto, me encanta: tiene la reproducción de una *pin-up*

Todo ha mejorado, menos yo. Al comenzar lo que aquí contaré, me había ido a pique y de veras. Si yo hubiera sido Sarah, ni loca cargo conmigo a Dean Street.

de los cuarentas, una delicia de rubia tetona sonriente. La carga siempre conmigo porque, claro, está prohibido fumar en nuestro hogar, *this is a non-smoking enviroment*, nomás faltaba, si mi Sarita Sarita es, qué otra se podría esperar.

En el instante en que mi colilla quedó atrapada con sus compañeras, mi vecino me acercó a la cara el cigarro que yo le había regalado y me dijo:

—¿Ves?

“¿Cuál ves, güey?, ¿qué te traes?”, pensé. Agitó frente a mi cara su maldito cigarro virgen, hasta estacionármelo directo frente a los ojos. Lo revisé. Estaba intacto. No tenía huella de haber cogido fuego. El cuerpo estaba algo estropeado de haber sido manoseado a lo lindo, pero por lo demás era un cigarro nuevo.

Come home tomorrow, we'll work...

Dejó la frase interrumpida. Hizo el gesto de levantarse de nuestra escalera, pero le dije *hold*, “espera” y retomé el Byron que él había comenzado a recitar:

*Thus mellowed to that tender light
which Heaven to gaudy day denies.*

*One shade the more, one ray the less,
had half impaired the nameless grace*

*which waves in every raven tress,
or softly lightens o'er her face;
where thoughts serenely sweet express
how pure, how dear their dwelling place.*

(Madurado así bajo esa luz delicada / que el Cielo le niega al vulgar —¿romo?, ¿chato?— día. / Un ápice más de sombra, un rayo menos / habría disminuido —¿mermado?— esa gracia sin nombre / que se agita en cada crencha —¿gajo?— de cuervo / o que suavemente ilumina su cara, / donde los pensamientos serenamente expresan dulcemente / cuan pura, cuan querida es su morada.)

Añadí: “nomás no puedes decir que las palabras no sirven para nada, cómo...”, y de un hilo que me largo con un golpe de Eliot:

*... and through the spaces of the dark
midnight shakes the memory
as a madman shakes a dead geranium.*

(Colándose en los espacios de la oscuridad, la medianoche agita la memoria / como un loco que remueve un geranio muerto.)

“No, no, no, no estoy diciendo eso”, me contestó muy enfáticamente. “Las palabras son de lo mejor que hay para mentir o para hacer poemas. Pero no para retratar



Edward Hopper, *South Carolina Morning*, 1955

Edward Hopper, *Summertime*, 1943

con precisión la verdad; no para narrar; no para explicar. Son herramientas torpes para la honestidad, para el cuento, para la ciencia. Más que torpes. Durante siglos las hemos usado para mentir o para explicar lo que simplemente no cabe en las palabras; eso sí que sí, ni que qué”.

Paró para tomar aire y yo me le colé, por respuesta me largué con la siguiente estrofa del Byron:

*And on that cheek, and o'er that brow,
so soft, so calm, yet eloquent,
the smiles that win, the tints that glow,
but tell of days in goodness spent,
a mind at peace with all below,
a heart whose love is innocent!*

(Y en esa mejilla, y sobre esa ceja, / tan tiernas, tan calmas, pero elocuentes, / las sonrisas adorables —¿espontáneas?, ¿irresistibles?—, los tintes que brillan —¿los rasgos que infunden serenidad y bonanza?—, / hablan sólo de días pasados en bondades, / una mente en paz con todo lo bajo, / ¡un corazón cuyo amor es inocente!)

Rematé mi intervención pidiéndome en silencio:

“¿Que no explican, que son puras mentiras?, ¡no mames, güey!”

Me contestó:

The moon has lost her memory—su respectivo golpe Eliot, “la luna ha perdido la memoria”—. En ningún

momento quiero decir que son inútiles. El universo verbal es otra cosa. Pero dejémoslo donde va, que se quede donde le toca y oye, nomás oye lo que acabas de decir. ¿Cuál de eso hay, dime? El poema es lo que es. No es el caso de una novela, o por lo menos no de una como las tuyas, si es que esta segunda se parece a tu *Blond Flame*.

¡Ah! ¡Con que el güey me había leído! Entonces, ¿para qué se hizo el que no sabía, para qué preguntarme en qué “trabajo”? ¡Cabron!

—Si tú en verdad tienes ya toda la novela en la cabeza, ¿para qué escribirla? —hablaba como mirando al cielo, con un gesto que me parecía algo arrogante pero también tímido—. Mejor imprímela tal cual es en tus lectores, y garantízate de paso una lectura impecable, que, por una parte, la gente no sabe leer, lee de lo más mal, y por la otra (acéptalo) las frases son siempre coladeras, siempre tienen hoyos, siempre hay un espacio, así sea infinitamente pequeño, donde el lector puede escurrírsele al autor y caminar para donde no debiera... ¿No has visto las cosas que se preguntan tus fans en tu *site*? Comprendo perfecto tu holgazanería, simpatizo con ella. ¿Quién no va a sentir arrebatos de pereza ante una labor como ésa? ¿Para qué matarte escribiendo (porque vaya que es sobarse el lomo a lo albañil, una pesadez fastidiosísima, ahora *encima* una perdedera de tiempo), si luego nadie ni va a entender o apreciar? Y, ¿quién tiene tiempo y espíritu hoy, como están las cosas, para de ve r-

dad LEER? Ya no va. Eso se acabó. Ir al cine se va poniendo también fuera de foco. El mundo virtual es a lo que hay que apostarle, pero sin menoscabo de la imaginación, inteligente y literaria. —¿Me sigues? —Volteó a verme, bajó la vista de sus cielos y me la clavó los ojos—, sí, me sigues. Con un golpe de dados no aboliremos el azar, pero sí mostraremos al mundo sus verdades o, por lo menos, certezas. Lo que te propongo es que hagamos tu novela tal cual es, tal como tú la ves en tu cabeza, tal como la cargas íntegra en tu imaginación, sin robarle una frase, un parlamento, una imagen, un sentimiento, una sensación, una idea, sin quitarle un pelo a su atmósfera... Idéntica a sí misma. El espejo fiel, y *ya leído*, de tu novela. Digamos (aunque esta explicación es demasiado reductora, pero de algo sirve), como una película que supiera ser cien por ciento fiel a tu idea, pero infinitamente más precisa que una película. No sólo porque si se filmara tendrías que contar con que de seguro el guionista te va a traicionar y el director y el productor van a hacer su porción de lo mismo, todos van a querer satisfacer quién sabe qué otras cosas con las que tú no tienes negocio alguno —y esto dejando de lado las tonterías o faltas de talento y torpezas y errores—, sino por las limitaciones del medio, porque el cine es genial pero es cine, no *la novela* y mucho menos el contenido completo de la imaginación que un día albergó el cerebro del artista... Simplemente, digo, porque el cine es un medio

limitado al lado de *la novela*, se mueve mucho más lentamente, tiene menos espacio de pensamiento y emoción... No, no quedaría como una peli, aunque sería un poco como si fuera una peli en súper-sensou-raund y sin babosadas del director ni malos actores, ni otra vez las caras de siempre. Imagina, con cambios precisos de luz, con acercamientos y alejamientos y todo lo que sea necesario para comprender y vivir tu historia en total plenitud, pero también y con ideas y con emociones y con esa pausa que hay siempre en las palabras y con un mundo sensorial completo: olfato, gusto, tacto, sensación, intelecto, palabras, sugerencias, sombras..., eso que es la densidad literaria..., quedaría como podría quedar afuera de ti una lectura precisa y astuta, como tú sueñas que sea una lectura, como tú la ves. No sólo para los ojos: para toda la imaginación, para todos los sentidos, y no frenada al tiempo que necesitan los ojos, porque los ojos son como tortugas comparadas con el resto de uno, ¿no?, ¿verdad? Yo he dado en el clavo de cómo transmitir el imaginario de una persona en un lenguaje menos limitado que el verbal, sin excluirlo. ¿Qué te parece?, ¿en mi casa mañana?, ¿sí?, di que sí.

Asentí con la cabeza.

—¿Entonces? ¿A qué hora escribes?

Le respondí con una sonora carcajada, diciéndome en silencio:

—¡No mames, güey, si no escribo nunca! **U**



Edward Hopper, *Conference at Night*, 1949